

PRÓLOGO: ILUSIONES ÓPTICAS

A principios del siglo **xxi**, con la implantación de la era digital, surgieron en Estados Unidos escuelas sociológicas que defendían que la frontera entre ciencia ficción y realidad social no es más que una ilusión óptica. Esta afirmación, que en su momento pudo parecer una simple provocación por parte de los fanáticos del *ciberpunk* y los apasionados de la tecnología, no deja de validarse y ampliarse con el tiempo. El futuro nos ha alcanzado; de hecho las películas más señeras de ciencia ficción ya no necesitan recurrir a ese futuro: el presente, su indeterminación, es un pozo de enigmas, y cada vez nos cuesta más comprender el funcionamiento de nuestra sociedad. *Dark City* (1998), *Minority Report* (2002), *Yo, robot* (2004) o *Hijos de los hombres* (2006) bien podrían ser el ejemplo perfecto de todo ello.

Hacia falta el trabajo y la experiencia docente de Antonia Huertas —Profesora de Matemáticas y Lógica en los Estudios de Informática, Multimedia y Telecomunicación de la UOC, e investigadora en el área de «Lógicas y Representación del Conocimiento para la Inteligencia Artificial»— para acercarnos de forma inteligible a este entorno sometido a constante cambio en el que vivimos. Por su formación académica podríamos pensar que Huertas se ha dejado llevar por la corriente especulativa, pero no es así: todo lo que se cuenta en *Alterworld* podría estar sucediendo —de hecho, seguro que está sucediendo—, y en última instancia no cuestiona tanto el futuro como nuestro presente. Un presente dominado por las pantallas en el que hemos sustituido las experiencias directas por un juego de las apariencias y la simulación donde cada vez nos cuesta más encontrar el modelo original.

Todo comienza con una red —aparentemente descentra-

lizada y deslocalizada— que trafica con personas y duplica identidades. En cualquier lugar del planeta, alguien puede estar haciéndose pasar por ti para cometer una ilegalidad. Una agente de Europol especialista en crimen cibernético acostumbrada a tratar con misteriosos *hackers* y a detectar la información verdaderamente valiosa, tendrá que restaurar la situación a la vez que protege su intimidad.

Antonia Huertas tiene el acierto de situar en primer término la vida cotidiana de sus personajes, de manera que la acción se escancia con suavidad, de forma comprensible, como un telón de fondo que les afecta de forma inevitable.

En definitiva, *Alterworld* es una historia de género negro que transcurre en plena sociedad de la información, y por ello profundiza en el espionaje dejando atrás la nostalgia y los lugares comunes. No hace falta buscar contactos en Berlín para atravesar el Telón de Acero ni perderse por las tabernas de Estambul u otros parajes exóticos. Los viejos tiempos han quedado muy atrás. El verdadero objetivo de los servicios de inteligencia está en la Red, y hacen falta habilidades nuevas y diferentes para saber moverse en ese terreno.

Seguramente los lectores de novela negra más tradicionales se sorprenderán con *Alterworld*, ya que aborda de forma extensa e intensa la Red y la inteligencia artificial como campo de trabajo, adentrándose en terrenos no muy frecuentados por nuestros novelistas del género, proponiendo imagerías sorprendentes, precisamente por su cercanía. Lo cierto es que, superada esa sorpresa inicial, encontrarán una descripción elocuente de nuestro mundo y una nueva forma de acercarse al crimen. Abandonemos por una vez esas nostalgias y dejemos en el perchero la gabardina de Bogart.

David G. Panadero,
director de la colección Off Versátil

1. CATERINA

31 de mayo de 2015.

El asesino ha entrado en la casa de la víctima con la llave que le han dejado bajo la alfombra. Escondido tras las cortinas del despacho espera a que ella reciba la llamada telefónica y vaya a responder. Cuando descuelgue el auricular se colocará justo delante y de espaldas a él.

¡Riiing!

Tumbada en el sofá, frente al televisor, inmersa todavía en la película, da un respingo. Con la sacudida, el cucurucho de chocolate, que ha empezado a derretirse, escupe un gotarrón sobre su mano regordeta y blanca. El teléfono vuelve a sonar. Pasan unos segundos antes de que regrese al mundo real y comprenda que la llaman a ella. Entonces se chupa voraz el dorso de la mano, pausa el reproductor de DVD y logra descolgar justo antes de que salte el contestador.

—*Pronto?* —Su voz suena incierta, aún está perturbada.

—*¿Signorina Skitt?* Quisiera hablar con Caterina Skitt.

—Yo misma. *¿Quién es?* —Su voz se vuelve algo más segura.

—*Brigadiere Casagrande, carabinieri de Montebelluna.*

—*¿Cómo? ¿Qué?* —Voz aguda, de soprano, su voz.

—Se trata de su teléfono móvil, *signorina.*

—*Signora*, por favor, si no le molesta. —Ahora con aire ofendido—. Mi teléfono. *¿Qué teléfono?*

—Ha aparecido su teléfono móvil, *signora.* Número 3293567081.

—*Brigadiere*, lo siento pero debe haber un error. Ese número no es mío y no he perdido mi móvil —dice Caterina. El helado derretido corre ya antebrazo abajo.

—¿Está segura? ¿Un teléfono gris marca Siemens?

—Segurísima. Solo tengo un teléfono móvil, marca Nokia, y está justo delante de mí.

Y un instante antes de que la gota marronosa caiga sobre el sofá, Caterina es capaz de mover su mano para que se desvíe a la servilleta. Entonces chupa de nuevo el helado y espera, tranquilamente, a que el silencio al otro lado de la línea se rompa.

—Es muy extraño. Pero si usted insiste... De todas formas, para cerrar la incidencia y que firme el informe necesitamos que pase por la comisaría o que nos permita visitarla en su casa. Lo que prefiera...

—Pues mejor si pueden pasar ustedes. Esta tarde estoy en casa. Pueden venir a cualquier hora.

—De acuerdo, hacia las seis pasarán dos agentes. Gracias *signori... signora*.

—De nada, *brigadiere*.

Cuelga de golpe y se limpia el brazo con la servilleta. Intenta volver a la película, pero no puede concentrarse. ¿Por qué han pensado que aquel móvil era suyo? Ella solo tiene un móvil, y no ha cambiado de número... «¡Vaya!», dice para sí. Y entonces recuerda.

El verano anterior, durante su estancia en París, perdió la tarjeta del móvil al sustituirla por una francesa. Como su móvil es libre, cuando viaja suele cambiar su tarjeta telefónica italiana por una de prepago del país, mucho más barata. Una vez de vuelta en Montebelluna, la pequeña ciudad del Véneto donde vive, hizo un duplicado de la tarjeta perdida. A los chicos de la tienda de móviles no les resultó fácil: la primera tarjeta donde copiaron sus datos no funcionó bien, la tiraron y tuvieron que repetirla. Se acordaba de ese incidente porque esperó mucho rato para que le entregaran el duplicado definitivo. Esa tarjeta era la que había tenido desde entonces y la que seguía usando normalmente, es decir, lo mínimo posible.

Caterina está en contra del uso desmesurado de móviles, que, según ella, además de afean el paisaje urbano con la proliferación invasiva de antenas por toda la ciudad, amenazan seriamente la salud. Recuerda el caso de su amiga Chiara, que vivía en un apartamento cerca de una antena y tuvo un cáncer de mama del que, afortunadamente, se curó. Sí, es verdad que no está demostrado que las ondas de los móviles sean perjudiciales, pero tampoco se ha confirmado que no lo sean. Y ahora resulta que le quieren adjudicar otro teléfono móvil. «Pues ¡vaya! No, gracias».

Caterina engulle de golpe lo que le queda del helado y se limpia la boca y las manos. Estaba riquísimo pero quizás no debería haberlo comido. Eran muchas calorías que ella no necesitaba. ¡Siempre le pasa igual!, después del placer de la comida le vienen los remordimientos. ¡Vale!, solo tiene que esperar un poco y se irán como han venido.

Siempre ha sido gorda y eso no va a cambiar por un helado más o menos. Claro que le gustaría tener un tipo más esbelto y atlético y que no la mirasen de reojo cuando va a la piscina. Pero ahora ya está acostumbrada y ha llegado a aceptarse como es; con sus kilos de más, que ella llama «sus kilos, sin más». Atrás quedaron los complejos de la infancia y de la adolescencia, la vergüenza y el deseo de otro cuerpo más delgado. «No, gracias». Prefiere ser así a tener un aspecto como el de las escuálidas modelos, pobres niñas y jóvenes esclavas de la industria de la moda. Así que solo tiene que esperar unos minutos y la mala conciencia del helado desaparecerá. De hecho, ya no está. Fin.

Caterina es alta, rubia, rubísima, de piel muy clara y pecosa, con unos expresivos ojos azules y unos labios carnosos en una boca casi siempre sonriente, y tiene sobrepeso. Pero sabe vestir con asombroso encanto su corpulencia. Se pone tejanos ajustadísimos que en ella

adquieren un aire aventurero. Detrás de su desparpajo evidente, sin embargo, habita la niñita gorda de quien se burlaban los otros niños. Y es a ella a quien Caterina protege con uñas y dientes, aunque no siempre lo consigue del todo. «*Daghe soto, Caterina!*» se dice a sí misma, animándose con esa expresión véneta que tanto le gusta. «¡Adelante, Caterina!»

* * *

Llaman a la puerta y aunque imagina quién puede ser, Caterina espía por la mirilla antes de abrir: al otro lado hay dos carabineros mujeres. Abre. Las policías sonrían a la vez que se llevan la mano a la altura de la visera de la gorra en el usual gesto de saludo militar.

—Buenas tardes. ¿Es usted la señora Caterina Skitt?

—Sí, soy yo. Supongo que ustedes vienen por el asunto del teléfono móvil.

—Así es, *signora*. Mire, este es el teléfono en cuestión.

Dentro de una bolsa transparente hay un aparato gris de la marca Siemens. Ese teléfono ella no lo ha visto antes.

—Definitivamente no es mío.

—¿Está usted totalmente segura?

—¡Pues sí!

—Sin embargo, *signora*, la tarjeta Vodafone de este móvil tiene asociados sus datos, nombre, número de DNI, y dirección.

—¡Ah! Es por eso que pensaron que era mío. Ya entiendo. Pues debe haber algún error —la amplia y cándida sonrisa en la cara de Caterina ilustra su veredicto final—, porque yo siempre he tenido tarjetas Wind.

—*Signora* —añade la morena, que según Caterina debe ser la superior ya que lleva una divisa más que la otra—. No quiero parecer insistente, pero le agradecería que nos contestase a unas pocas preguntas y después la dejaremos en paz.

—De acuerdo, sin problema. ¿Quieren pasar? —Su voz suena ahora segura y firme, la de la perfecta anfitriona, aunque en realidad esperaba que se quedaran en la puerta y que, simplemente, reconocieran que, en efecto, debía haber habido algún error de identificación del móvil.

—No, gracias. Será solo un momento... Piense con calma, por favor. ¿Ha estado en alguna tienda de móviles de Padua durante el último año?

Caterina hace uno, dos, tres *flash-backs* casi simultáneos: «París el verano pasado, tienda de móviles, compra de tarjeta. Septiembre en Montebelluna, tienda de móviles, duplicado de la tarjeta perdida. Después, recargos de su tarjeta Wind, de vez en cuando, en una tienda cerca de su casa. Un, dos, tres. Nada más».

—No, estoy segura de que no.

—¿Ha comprado alguna tarjeta de móvil en el último año?

—Sí, solo la que tengo actualmente, una Wind, la compré en septiembre del año pasado porque perdí la anterior, también Wind, en Francia.

—¿Ah, sí? Explíqueme cómo fue, por favor.

Con pocas ganas, Caterina se fuerza a revivir aquellos días en París. La verdad es que no lo pasó muy bien. Su amigo Pierre, demasiado pendiente de su nueva novia, no estuvo con ella tanto como hubiera querido. Recuerda que el segundo día de su estancia en la ciudad compró la tarjeta local para su móvil.

—Pues entré en una tienda de París para comprar una tarjeta de prepago que funcionara en Francia. El empleado cambió la tarjeta italiana Wind de mi móvil por una Orange de prepago francesa. Cuando, de regreso a casa, intenté reemplazar la tarjeta francesa por la italiana me di cuenta de que la Wind había desaparecido de la funda donde la guardé. Supuse que la había perdido en Francia. Así que me fui a una tienda de Montebelluna y me

hicieron el duplicado que tengo ahora. Y hasta hoy, todo normal.

—Interesante —dice la otra agente, la rubia de cabello corto, que a Caterina le parece demasiado guapa para ser policía, mientras escribe lo que debía de ser un resumen de su declaración.

—¿En qué tienda de Montebelluna le pusieron su tarjeta actual? —pregunta la superior.

Caterina responde a algunas preguntas más, que le resultan poco aclaratorias. Las *carabinieri* le parecen más interesadas en averiguar datos sobre las tiendas de móviles que había visitado que en buscar el error de identificación que, según ella, se había cometido. Al finalizar, la morena, la superior, agradece a Caterina su colaboración y le pasa el informe que la otra ha redactado a mano. Caterina lo firma después de una rápida lectura. Las dos policías se marchan, llevándose la tarjeta fantasma con los datos de Caterina.

2. BEPPA

1 de junio.

Giuseppa Mardegan es su nombre oficial. Casi todo el mundo la conoce como Beppa Mardegan. Su padre la llama Gioseffa, para hacerla aún más única, con la variante antigua de su nombre. Profesionalmente es la agente Mardegan. Simplemente Beppa, para Caterina, Thé y el reducido universo de sus amigos.

Ha dormido mal y esta mañana ha recibido una noticia funesta. Está de pésimo humor y por eso anhela aún más su cita con Caterina. Necesita animarse con la alegría contagiosa de su amiga, que ya no puede tardar. La espera sentada en una mesa de la terraza de la Caffetteria Verdi mirando la gente que pasa, arriba y abajo, por la Piazza Marconi. Hoy es sábado, día de mercado en Montebelluna, donde Beppa vive desde hace un año. Un lugar apropiado para ella: tan solo a veinte kilómetros de Treviso, donde vive su padre, y a cuarenta de Venecia, donde está el aeropuerto desde el que casi una vez por semana toma el avión que la lleva a su lugar de trabajo en La Haya. Son ya las doce y media. Los puestos ambulantes de ropa, utensilios para el hogar, herramientas varias y alimentos artesanales del mercado comienzan a recoger.

El sábado es el día del encuentro semanal con su amiga, y solo faltaría por razones importantes. Desde que vive en Montebelluna, pueden volver a verse en persona y no por videoconferencia. Aunque también antes, cuando Beppa vivía fuera, se citaban el sábado a la hora del aperitivo, con sus respectivas copas, delante del ordenador, no es lo mismo. La presencia imponente de su amiga gana mucho en las distancias cortas.

Ya la ve acercarse, con pasos cortos y rápidos, *sgambettando* piensa Beppa, arrastrando un torbellino tras ella, resoplando por el esfuerzo y gritando desde lejos: «¡Beppa!». Levanta su copa de *spritz* y hace un saludo, luego bebe un trago del líquido naranja, fresco y chispeante justo antes de que Caterina aterrice de golpe sobre la silla, y sobre Beppa, abrazándola y al mismo tiempo alargando la mano para llamar a la camarera mientras se quita el bolso y lo lanza sobre la mesa.

—¡Qué ganas tenía de verte! Especialmente hoy —exclama Caterina, entre resuellos.

—Yo también tenía ganas. Y de estar con alguien de quien fiarme, para variar.

—¡Vaya, vaya! Así estamos... No sé por qué me huele a problemas de trabajo.

La cara de Beppa asiente pero no va a explicarle nada. No puede hablar de los asuntos confidenciales de su trabajo, y, además, no quiere que la conversación siga con un tono quejumbroso.

—Todo bien, espero —añade Caterina, y la mira fijamente.

—Ahora que estoy contigo, sí. ¿Y tú?

Aquí es cuando Caterina aprovecha para pedirse su *spritz* y otro más para su amiga, se recoloca mejor en la silla y de golpe cuenta:

—Ayer me llamó la policía. Dicen que han encontrado un móvil a mi nombre y con todos mis datos en la tarjeta; pero el móvil que me mostraron y la tarjeta en cuestión no los había visto nunca antes. ¿Qué te parece? Raro, ¿no? Yo supongo que será un error...

Beppa, que está distraída, mirando gesticular, más que escuchando, a su amiga, reacciona instintivamente.

—Sí que es raro. ¿Y qué explicación te han dado?

—¿Explicación? Pues... ninguna. Por eso tenía ganas de preguntarte. La verdad es que ayer mismo te iba a llamar,

cuando recordé que hoy era el día de nuestra cita semanal y decidí esperarme. A ver, tú, la experta en misterios tecnológicos, ¿qué ha podido pasar?

Beppa se queda en silencio, pensativa. Ella es la experta, sí, pero «¿qué experta?». Esa misma mañana han encontrado muerto a un adolescente de quince años porque no había sido lo suficientemente experta. Lo habían tiroteado en su habitación de Berlín, entre sus tres ordenadores, con los cables enredados en las piernas. Era un *hacker* aficionado. Un niño que solo estaba jugando a ser un héroe de videojuego. Ella sabe quién lo hizo, cómo y por qué. Pero no pudo impedirlo. Lo encontraron antes que ella. Cambiaron las reglas en plena partida y la jugada final fue mortal. Se acabó el juego.

—No sé qué pensar, Ca. Según me cuentas, la situación es que hay un móvil que no es tuyo pero que contiene tus datos personales. Así que, aunque no sea tuyo en el mundo real, en el digital ese móvil es tuyo a todos los efectos.

—¿Cómo?

—Que en el mundo de los registros informáticos, Caterina Skitt sí tiene ese otro número de teléfono. Parece que han asignado tus datos a esa tarjeta telefónica. Que haya sido un error o que lo hayan hecho a propósito implica cosas muy diferentes. Hace falta más información para saber si es una cosa o la otra.

Beppa mira a su amiga que se queda paralizada, con la copa en la mano. Los ojos de par en par. Inmediatamente después, Caterina se traga de golpe el contenido de la copa y levanta la mano pidiendo otra atropelladamente.

—*Òstregal!*, vaya sorpresa. Eso sí que no me lo había planteado, que alguien lo haya hecho a propósito. ¿Por qué lo iban a hacer? Yo no he pagado la cuenta de ese número. La ha pagado otro, de eso estoy segura.

La verdad es que Caterina es asombrosamente cándida. Una bocanada de aire fresco para ella que siempre

debe buscar el doble sentido, la intención delictiva, el uso malintencionado.

—Sí, la ha pagado otro, pero a efectos legales, *cara*, la has pagado tú. Esto tiene aspecto de, como poco, uso indebido de tus datos identificativos. Por ejemplo, podrían haber usado tus datos para hacer legal un móvil que no lo sería con los datos de alguien sin residencia legal.

—¡Vaya mundo! —Caterina se queda un momento pensativa—. Bueno, si así algún pobre inmigrante explotado ha podido llamar a su familia habrá servido para algo.

«¡Increíble!, su capacidad para ser positiva no tiene límite», piensa Beppa, y sonríe por fin. Siente el impulso de besarla allí mismo, delante de todos, para celebrar que el pensamiento limpio aún existe. Pero mejor no dar alas a la absoluta falta de inhibición de su amiga.

Las sensaciones negativas que tenía han desaparecido momentáneamente, y, ahora, una inquietud nueva y difusa está llegando.

—¿Sabes qué? Mañana voy a echar un vistazo al caso de ese móvil. Solo por precaución, para asegurarme de que no te traerá ningún problema. Tú olvídate y déjame a mí.

—Gracias, Beppa. Eres un sol. Y... hablando de temas más interesantes, ¿qué era lo que te pasaba el otro día, cuando te llamé?

Beppa se acuerda de que hace unos días prefirió no contar a su amiga el motivo de su desánimo. Caterina no admitía el no por respuesta, por lo que tenía que contestar con algo convincente.

—Bueno, se trata de Thé.

—Ya... ¿Y? —pregunta inmediatamente Caterina con tono irónico.

—Hace dos semanas que no tengo noticias de ella. La he llamado y no contesta. Tampoco responde al correo. Sé que está bien. Y no te voy a explicar por qué lo sé, te lo aviso ya —dice Beppa con un humor forzado, recordando,

avergonzada, que ha interceptado los mensajes del móvil de Thé; saltándose uno de sus principios fundamentales: no espiar a tus seres queridos porque atenta contra la confianza—. El caso es que creo que tiene algún lío con alguien.

Thé, Thérèse, y Beppa se habían conocido hacía nueve años, cuando Beppa estaba acabando el doctorado en Londres. Thé la sedujo en una sola noche y después de unas semanas intensas se «comprometieron». Esa relación fue decisiva para que Beppa eligiera el contrato postdoctoral de Londres en lugar del de Ámsterdam, que a priori le interesaba más. Así que acabó especializándose en «Robots e Internet» porque se había enamorado de Thé. Vivieron juntas los dos años de su postdoctorado. Luego se separaron por un cúmulo de circunstancias: las repetidas «infidelidades» de Thé, la oferta para trabajar en La Haya, y la crisis personal de los treinta y un años de Beppa. Hace dos años se encontraron por azar y reanudaron la relación. Esta vez iba a ser una relación abierta y a distancia, no querían repetir errores. Cada una seguiría viviendo en su apartamento, pero se encontrarían cuando pudieran. Thé era fotógrafa *freelance* y viajaba mucho. Beppa también viajaba mucho por su trabajo y, además, desde hacía un año residía a caballo entre su casa de Montebelluna y su apartamento de La Haya.

Así les había ido bien hasta ahora. «Así nos va bien, no hay rutina, hay pasión. Cuando nos vemos hay intensidad y emoción. No hay problemas de convivencia, ni de fidelidad. Así preservamos nuestro “lo-que-sea”», opinaba Beppa.

—Ya veo. Ese es «vuestro amor» sin problemas.

Caterina nunca aceptó a Thé. Si era por celos o porque pensaba que perjudicaba a su amiga, ni ella misma lo sabía.

—Perdona, Beppa, no quería ser destructiva. Esto..., ¿lo crees o lo sabes, que tiene ese lío?

—Lo sé.

—Ya lo imaginaba. ¿Y quién es ese alguien?

—Eso da igual, de verdad. En realidad, el lío en cuestión no tiene importancia. Ya sabes que eso está claro entre nosotras. Si surge esa necesidad física se satisface y ya está. Es solo que últimamente tengo una mala temporada y lo veo todo negativo. Seguro que pronto lo veré de otra forma —se miente Beppa, sabiendo que algo fundamental en su relación con Thé ha quedado tocado.

—¿Pronto? Y luego qué, ¿la próxima vez igual? Perdona, *cara*, pero siempre es Thé quien tiene sus necesidades físicas, tú nunca o casi nunca —dice Caterina con un tono mordaz—. No sé... Si tú me dejaras hablar con ella, le diría cuatro cosas que hace tiempo que quiero decirle.

Definitivamente Caterina no traga a Thé. Es la única persona de la que habla mal. Beppa se arma de paciencia y se lo consiente porque sabe que es su manera de querer protegerla. También ella ha empezado a preguntarse si Thé, en realidad, no le conviene. Pero nunca se va a plantear su relación con Thé, ni con nadie, como una cuestión de interés o beneficio. La relación seguirá o acabará, pero por sí misma. Y, por ahora, ella quiere salvarla. Thé le gusta mucho. Y no hay nadie más en su vida.